

# CAMELOT

GILES KRISTIAN

# CAMELOT

Traducción de Julieta Lionetti



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: mayo de 2023

© 2020 by Giles Kristian  
© de la presente edición: Edhasa, 2023  
Diputació, 262, 2ª 1ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6392-0

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 8967-2023

Impreso en España

«Porque el fuego de la venganza, con razón encendido por crímenes antiguos, se propagó de mar a mar, alimentado por las manos de nuestros enemigos en el este, y no cesó hasta que, destruyendo las tierras y las ciudades, alcanzó la otra orilla de la isla y metió su lengua roja y salvaje en el océano occidental».

Gildas, *De Excidio et Conquestu Britanniae*

«Los sajones se han hecho fuertes otra vez. Son avariciosos y desconocen la misericordia. Sus bandas acosan la tierra desde Bernicia, en el noreste de estas islas, hasta Rhegin, en el sur, y han llegado al oeste, incluso hasta *Caer Gwinntguic*, por eso temo que ya no serán repelidos, sino que sojuzgarán y oprimirán a nuestro pueblo, y ni siquiera así satisfarán sus apetitos salvajes. Añoro los viejos tiempos. Cuando todavía había esperanza. Y aunque vivió en la oscuridad, sin conocer la luz de Dios, no puedo evitar el anhelo de que todavíauviésemos entre nosotros a Arturo. Incluso he soñado con él, saliendo a caballo de Camelot a la cabeza de sus gloriosos guerreros montados. ¡Cómo tremaba la tierra

bajo aquellos cascos! Pero Arturo ha muerto. Los reyes no se unirán. No lucharán. Armados sólo de nuestras plegarias, y extrayendo coraje del Santo Espino, estamos reducidos a observar la invasión de la oscuridad».

Extracto de una carta del prior Drustanus, del monasterio del Santo Espino en Britania, a su santidad el papa Lorenzo del Palacio Apostólico de Roma.

## Prólogo

Ha muerto. Mi amor. Lo siento como una mutilación, como un desgarramiento, repentino y brutal, y caigo a través de la oscuridad, hacia abajo, hacia abajo, como una piedra arrojada al océano. Me disgrego en dirección a las profundidades negras, frías y sin vida. Los recuerdos y los rostros me abandonan como las últimas hojas del otoño dejan al roble.

Mientras desciendo, me desintegro en mi propia estela. Ya me aproximo. Luego, la luz. Una raja de plata en la oscuridad. ¡No! ¡Ya estoy llegando! Ahora vuelo. Azotada a diestro y siniestro, mi alma es una brasa en la vorágine de la tormenta. Él ha muerto y yo estiro los brazos para alcanzarlo. Busco dentro de la oscuridad arremolinada. En vano intento asirme mientras la luz estalla. ¡Espera! Luz destellante. Demasiado cegadora como para no encogerme, abrasada de dolor, boqueando y con regusto a sangre. Respiro el olor del hierro y de la vileza. Y, en algún sitio de ese clamor tonante, me oigo a mí misma en un aullido. Siento que mis músculos principales se abultan, que el corazón me golpea el pecho, que la sangre corre caliente e imperiosa por las venas. ¡Espérame!

Pero se ha ido. ¡Vamos! Grito calladamente. ¡Levántate! Y el garañón, su garañón, se sacude y se afana en el barro. Se contonea otra vez, estira las manos, hunde los cascos en el revoltijo de inmundicias y de vísceras humanas. El corazón le

palpita. El estampido de un trueno se encabrita, nos empuja hacia lo alto y, ahora, su voz y la mía se unen en un chillido. En pie ahora, la sangre fluye otra vez a los músculos, mi voluntad alza al semental como si los mismos dioses le hubiesen dado cuerda al potro, haciendo tracción para ponerlo sobre sus patas. Pero no es sólo mi voluntad. Es también su orgullo. La terquedad que ambos compartían. Pero él ha muerto, y yo giro en círculos y círculos, sacudiendo mi gran cabeza en un reproche a los hombres. Los disperso. A esos enemigos que me lo arrancaron. Al galope ahora, los cascos percutiendo la tierra, dividiendo a la masa en lucha que brama y corriendo como quien atraviesa una vadera asediada por un mar de hierro de cada lado. Sigue adelante, valiente Tormaigh. ¡Corre! Siento que se derrama la vida del garañón, como arena que se escapa de mi puño cerrado, incapaz de contenerla.

Sin embargo, debo hacerlo. Somos uno solo, el semental y yo, y el mundo es frenesí. Puro odio, miedo y muerte. El fin de todo. Corre, Tormaigh. Corre, mi buen amigo. Emergemos del avispero de carne y tropezamos, pero no caemos, y ahora subimos a medio galope por la loma, recorriendo la cárcava entre los pastos altos, la cárcava que es obra del propio garañón cuando su amo, su amigo, lo hizo bajar hacia la pugna cruel.

Arriba, ahora. Todo aquel clamor que se aleja, tal y como la ola retrocede rodando sobre los guijarros. Hacia arriba. Resollando. Cada bocanada, hurtada. Hacia arriba. La hierba manchada de sangre y de espuma sudorosa, mientras barremos esta senda que lleva de regreso al chiquillo.

## I

### Pésames por los difuntos

El recién nacido vivió lo que tardó en extinguirse la vela de sebo colocada al lado de la cuna en un soporte de hierro. Cuando el abdomen de venas azuladas se hundió por debajo de las costillas diminutas por última vez, su vida se fue sin más alboroto que la espiral de humo que se enroscaba hasta tocar las vigas desde aquella mecha de cáñamo tiznada. Más temprano, cuando todavía había esperanza de que las plegarias pudiesen sostener al pequeño con vida a pesar del peligro mortal, como si fueran la cesta que había cargado con Moisés entre los juncos, oí que el padre Judoc se quejaba con el padre Brice porque era un despilfarro quemar una vela cuando habría bastado con una linterna de médula de junco.

–Sabéis tan bien como yo que el niño ha sido llamado al cielo para sentarse a la diestra del Señor –respondió el padre Brice–. Dejemos que la pobre madre guarde la vigilia de su crío sin miedo a que la llama pueda apagarse y ella no sepa si el pequeño está en este mundo o en el otro cuando vuelva a encenderse.

El niño había llegado demasiado pronto y no había dado tiempo para que se mandara buscar a las monjas del otro lado del agua, ni para enviar al padre Yvain a traer un esqueje



del Santo Espino para que la mujer lo tuviera entre las manos durante los trabajos del parto. Los hermanos habían hecho cuanto pudieron, pero no fue suficiente, y Judoc me había enviado a buscar al padre Phelan y a algunos otros para que pudieran acompañar al cielo el alma del pequeño con sus cánticos, ahora que su partida era inevitable.

Para cuando se habían reunido en la enfermería y decidieron cuál era el himno que mejor se adaptaba a una ocasión tan sombría, ya era demasiado tarde. Aquel vestigio de niño había dejado nuevamente sola en el mundo a su madre y había partido para cantar con los ángeles en las alturas, o así dijo el padre Brice, aunque el bebé apenas si había graznado o emitido cualquier otro sonido desde que había llegado al mundo.

Tampoco su madre gritó ni clamó. Al menos, no al principio. Desde el taburete que había a la cabecera de la camita, dirigió los ojos cansados al padre Brice, con la marca de la barandilla de la cuna estampada como un sello lívido en el rostro pálido. Vi una terrible tristeza en aquella cara, la desolación más pura, y me sentí avergonzado de encontrarme allí, inútil, cuando el padre Brice inclinó la cabeza en señal de que había llegado el momento. El viejo monje se frotó una mejilla cenicienta, como si de pronto se diera cuenta de las recién crecidas cerdas blancas que le raspaban bajo los dedos, y comprendí en ese momento lo muy cansado que estaba. No sólo por esa vigilia, sino por cientos de ellas. Por una vida entera de pastorear almas hasta la frontera del más allá. Por el simple hecho de sobrevivir, también año tras año, como sobrevivía nuestra pequeña isla de Ynys Wydryn, aunque el mundo fuera de ella fracasara como todo debe fracasar. Porque nuestro *tor*, una colina que se elevaba en las tinieblas de los pantanos y la anarquía, ofrecía un santuario inusitado en una tierra trastornada.

Así como a las crecidas del marjal las sucede el reflujo, y poco a poco erosionan nuestras playas cenagosas, día tras día, los años y las vidas y las muertes derrubiaban al padre Brice

en cuerpo y alma. Y ahora yo temía que las alas que los ángeles batían en aquel cuarto, invisibles a los ojos de los mortales, pudieran llevarse al viejo y extenuado monje en su vigilia.

La madre, cuyo nombre yo desconocía, cerró los ojos, tal vez para despedir a su niño, y cuando los abrió de nuevo un par de lágrimas gemelas se le derramaron por la cara. Se puso en pie, aunque no sé de dónde sacó fuerzas, y miró fijamente el pequeño cadáver silencioso. La suya era una inmovilidad más insondable que la inducida por el sueño más profundo. Había tanta promesa en aquellas piernas como palitos. Eran tan perfectas aquellas manitas en puño que nunca se prenderían al pecho de la madre ni le tirarían del cabello oscuro ni le agarrarían el índice. En voz baja, pedí en una plegaria que me fuera permitido crecer en la gracia de Dios y así, algún día, estuviera en condiciones de recoger algún humilde entendimiento de Su plan.

Después, con una dulzura que sobrepasaba la de cualquier madre hacia su retoño vivo, la mujer cogió el pequeño cuerpo y lo abrazó contra el pecho. Pensé que estaba extrayendo los últimos ecos desvanecientes del latido de su hijo para meterlos en su propio corazón.

El padre Judoc y el padre Brice se miraron e hicieron la señal de la cruz con armonía ejercitada, y las oraciones salieron de sus labios tenues y veladas, como el hilillo de humo grasoso de sebo que subía hasta el techo de paja.

Y entonces llegó el chillido. El bramido atormentado de un animal transido de dolor. Había querido abandonar ese sitio incluso antes de que el padre Judoc recortara el pabulo de la vela la última vez, pero sabía que debía quedarme.

—Tu noviciado llega a su fin, Galahad, y te convertirás en un hermano de la orden —había dicho el padre Brice, poco después de que se dieran cuenta de que no todo iba tan bien como debía con el pequeño—. No es suficiente con contemplar el misterio de la salvación, leer las Sagradas Escrituras y medi-

tar. Debes experimentar de primera mano el milagro de la vida... y el enigma de la muerte.

Y, dicho esto, me posó la mano en el hombro, porque sabía bastante bien que yo había tenido el conocimiento cabal de la muerte, que los ojos a los que miraba de cerca habían sido testigos de una violencia indescriptible. Muchos años atrás.

–Debería estar fuera juntando tomillo y perejil para el padre Meurig y debo revisar las trampas de anguilas –había respondido, en protesta. Quería estar en cualquier otro sitio que no fuera aquella habitación cargada de pena.

El padre Brice endureció la mirada.

–Te quedarás aquí, Galahad, y rezarás. –Y después dirigió los ojos a la mujer sentada al lado de la cuna, que tenía la ropa de cama sucia por el parto y tenía el aire de olor a hierro–. Esperemos que el niño mejore. Que el Señor le permita quedarse con su madre. Al menos un poco.

Pero el Señor, en su sabiduría, se había llevado al niño a pesar de nuestras oraciones, y los monjes, que no sabían cómo consolar a la madre ni tenían el valor de intentarlo, se entregaron en cambio a los cánticos fúnebres.

–Mi hijo. Mi hijo ha muerto –plañía la mujer–. ¿Lo ven? –Me clavó los ojos y, por un instante aterrador, creí que me pasaría el cadáver diminuto–. Es muy pequeño –me dijo–. No encontrará el camino al Annwn\*.

No podía responderle a eso, pero hice la señal de la cruz cuando mencionó el inframundo, la morada de los muertos paganos, y, para mi gran vergüenza, miré hacia otro lado y arrastré los pies para ubicarme más cerca del padre Phelan y del resto, uniéndome al canto solemne de alabanza a Dios.

Las voces de los monjes eran débiles como un junco al comienzo, pero se hicieron más poderosas mientras sus alien-

\* Anwnn, el inframundo de la mitología celta. (*N. de la T.*)

tos se mezclaban con los velos de niebla en la madrugada gélida a medida que vertían el bálsamo del cántico en aquel cuarto pequeño que, en cambio, habría debido llenarse con el llanto del niño y el arrullo de la madre.

Estaba en plena crecida cuando el padre Brice me llevó a un aparte.

–Trae al padre Yvain. Necesito que cruce las aguas.

Asentí y me di la vuelta para salir, agradecido de que me hubiesen dado una tarea, pero el padre Judoc me tiró de la manga y me obligó a retroceder.

–Un momento, Galahad. –Levantó el índice y se encaró con el padre Brice alzando la barbilla–. ¿Qué pretendéis, hermano? –preguntó. De pie, era una cabeza más alto que Brice y se deleitaba con ello, aunque yo nunca había visto al padre Brice intimidado.

–Hay un hombre que está enfermo en la aldea –dijo Brice–. Eudaf, el zapatero. Su hijo vino a mí hace un par de días, rogando que enviara a alguien a cantar las letanías por su padre. –Arqueó una ceja y blandió la palma de la mano en dirección a la madre que lloraba su duelo–. No encontré la oportunidad –dijo, frunciendo el ceño–. Ahora, me temo que les he fallado al niño, a la madre y al zapatero.

–Si Dios quiere, el hombre se habrá recuperado. –El padre Judoc juntó las manos y entrecruzó los dedos sin doblarlos para representar el Santo Espino.

El padre Brice ladeó la cabeza y esbozó otra posibilidad.

–Pero, si ha muerto y todavía no lo han sepultado, puede ser que ese Eudaf pueda ayudar al pobre niño –dijo– y a esta joven madre, también.

–¡Es sacrilegio! –atizó el padre Judoc, fulminando con la mirada al padre Brice.

–Es bondad –replicó el padre Brice con una precavida inclinación de cabeza. Vi entonces que a su tonsura le habría venido bien una navaja, porque allí crecía una pelusa blanca,

delicada como el vilano del amargón, que brotaba en la parte anterior del cuero cabelludo plagado de manchas hepáticas-. Una bondad inocente, nada más –añadió, mirando a la mujer.

Con sólo verme la cara, ambos se habrían dado cuenta de que no tenía la menor idea de lo que hablaban, y fue el padre Judoc quien se arrogó la responsabilidad de iluminarme, tal vez en la esperanza de ganar un aliado contra el padre Brice.

–El padre Brice querría que al niño muerto se lo colocara en la tierra con este aldeano, de manera que el alma del zapatero pudiera escoltar al pequeño al cielo. –El padre Judoc curvó los labios en señal de disgusto-. Es un rito pagano. Lo he presenciado.

–Su abuela sirvió al rey Deroch en tiempos de Uther –dijo el padre Brice-. Su padre luchó en los muros de escudos de Arturo. Mitigaría su dolor si estuviera en mi mano. «Porque nosotros no salvamos a su hijo», fue lo que dejó sin decir.

Judoc negó con una sacudida de cabeza.

–No es cristiano.

–¿Acaso no es a imitación de Cristo tratar de consolar a los que sufren? –nos preguntó a ambos el padre Brice-. ¿Y acaso no es sabio –continuó, inclinando la cabeza para darle más peso a este argumento que al anterior– mantener la paz con aquellos que quizá puedan hacer retroceder a nuestros enemigos? En otros tiempos sus dioses fueron poderosos aquí.

–No se puede hacer que los sajones retrocedan –dijo el padre Judoc-. No se rendirán hasta que hayan matado hasta el último britano o nos hayan arrojado al mar occidental. Britania está perdida, hermano. Sois un insensato si no lo veis. Y ayudar a los impíos sólo provocará más ira del Señor. Sólo acelerará el final.

El padre Brice le dedicó una sonrisa pesarosa.

–Si ya estamos perdidos, hermano, ¿qué mal puede hacer esta pequeña benevolencia?

Y, en esto, volvió el rostro, guiando nuestras miradas otra vez a la escena sombría de la joven madre que abrazaba al bebé muerto contra el pecho. Era penoso oír sus sollozos, aún más porque quedaban sofocados por la pequeña mata de pelo rubio en la que apoyaba los labios. Aquel pelo brillaba con sus lágrimas, como si le ofreciera al niño un segundo bautismo a tan sólo una vela quemada de distancia de cuando vimos al padre Brice bañarlo con el agua de la Cascada Blanca. No había dado la impresión de que la madre supiera qué estaba haciendo el padre Brice. O, si lo sabía, no le importaba.

–Hacedlo si debéis, hermano, pero no caerá sobre mi conciencia –dijo el padre Judoc, y volvió a hacer la señal de la cruz.

–Por supuesto que no –repuso el padre Brice, arqueando una ceja. Luego se volvió hacia mí y levantó la barbilla cubierta de pelusa blanca, ante lo cual salí en busca del padre Yvain.

\* \* \*

–La pobre criatura ya nos ha dejado, parece.

El padre Yvain indicó al padre Dristan que siguiera trabajando en el torno con un movimiento de la cabeza, a lo que el más joven obedeció, tirando hacia atrás y hacia delante de la correa de cuero que estaba enrollada alrededor de la pieza y hacía girar la madera en un sentido y luego en el contrario. Una y otra vez.

Yvain no levantó la mirada y siguió pasando la garlopa por la madera, de la que se desprendían astillas y virutas de color mantecoso que caían en el suelo cubierto de esteras de junco.

–¿Niño o niña?

El olor de aquel lugar cambiaba tan a menudo como el tiempo, y dependía de qué madera estuviese trabajando, si era

seca o recién cortada y todavía húmeda. Aquel día, capté el olor dulzón del cerezo mezclado con el tufo penetrante a pis de gato del olmo.

–Niño –dije.

Lanzó un sonido gutural y ronco, aunque no hubiese sabido a ciencia cierta si se debía a esa revelación o a cómo se comportaba la madera verde que estaba trabajando.

–Sabía que algo no iba bien cuando no oí ningún chillido –dijo–. Ninguno desde que la chica acabó con el alumbramiento.

Transpirado a pesar del día frío, el padre Dristan tiraba de la correa de cuero con la serena regularidad que otorga una larga práctica, y el padre Yvain presionaba la pequeña gubia contra la superficie de la madera para arrancarle alguna decoración. Crear quitando.

–Pobre almita de Dios –dijo el más viejo de ellos, y sopló una viruta atascada en el filo de hierro, luminosa como un rizo de pelo rubio. Suspiró–. Que el señor sea misericorde.

–Amén –suspiró a su vez el padre Dristan.

El padre Yvain parecía completar aquel taller de vigas bajas. Era como si formara parte del lugar, al igual que los cuencos apilados que se secaban en los estantes, los viejos bancos de trabajo con cicatrices, las pilas de formones, gubias y escoplos con mango de fresno, y los cuchillos forjados por Yvain mismo, cada uno para una tarea específica. Se lo podía encontrar allí la mayor parte del día, incluso cuando los demás estábamos reunidos en oración. No es que alguien le reprochara al padre Yvain su ausencia en Sextas ni en Nonas, ni siquiera en Vísperas, en las que prácticamente no se lo veía. Aparte de su trabajo como tornero, Yvain cargaba con algunas responsabilidades y llevaba adelante algunas tareas que ninguno de los demás haría. Había un pacto no escrito entre los hermanos de que, a cambio de esas faenas, se le permitiera pasar más tiempo en el torno que en oración, razón por la cual

ahora me encontraba en el taller, luchando contra la tentación de levantar el pie y buscar la astilla que me atormentaba.

—¿Y? —dijo Yvain.

Era ancho de hombros y lucía una barba negra y cerrada. Tenía unas manos amplias de dedos gruesos y nudosos como el tronco de un tejo, y, sin embargo, me había maravillado tantas veces con las formas gráciles que lograba escarbar del manzano y el fresno, de la haya y el endrino. Piezas de juego, agujas de jareta y cucharas, cajas con tapa para ungüentos y hierbas, patas de taburete, cayados para pastores y bastones para los monjes mayores. Todo salía del torno y de sus manos ásperas.

«Todo lo que hago, lo hago como si el mismísimo Gran Rey de Britania fuese a sostenerlo en sus propias manos», me había dicho Yvain una vez, cuando de niño había visto cómo un hierro brillante daba forma a una pieza que giraba. Aunque no hubiese habido Gran Rey de Britania en los últimos treinta años o más.

—El padre Brice me ha mandado a buscaros —le dije ahora, y sentí una súbita punzada en la carne tierna del arco del pie derecho.

Otra vez ese gruñido gutural.

—Dile que no.

Miré a Dristan, quien por toda respuesta encogió levemente los hombros estrechos, con los ojos fijos en los míos mientras movía la correa hacia atrás y hacia delante.

—¿Padre? —Me preguntaba cómo era posible que Yvain rehusara antes de oír qué quería Brice.

—Quiere que vaya a algún sitio —dijo—. A la aldea o adonde las monjas. A algún lado. —Levantó la barbilla y Dristan dejó de tirar de la correa, de manera que la pieza de madera en la que trabajaba de repente quedó inmóvil. Yvain la sopló mientras la inspeccionaba de cerca y Dristan contuvo el aliento—. Sea lo que sea, dile que no. No voy a salir por ahí. —Otra vez



alzó el mentón, con la barba salpicada de astillas, y el padre Dristan desenrolló la correa con manos ágiles para que Yvain pudiera retirar la pieza de madera del torno—. No volveré a dejar esta isla, Galahad. Por nada del mundo. —Le dio vueltas a la pieza en sus grandes manos, mostrándose menos que satisfecho—. Tengo trabajo por hacer. Dile eso al padre Brice...

—Es por el niño —expliqué—, y por su madre. El padre Brice pondría al bebé en la tumba con el cadáver de un adulto. —El padre Dristan me miraba mal—. Un hombre se estaba muriendo en la aldea...

—Y el hermano Brice quiere que me dé una vuelta por allí y traiga su cadáver de regreso a Ynys Wydryn. —El padre Yvain me interrumpió, dándole la vuelta al trozo de madera que tenía en las enormes manos—. Que salga allí fuera y me juegue la vida para traer un hombre muerto para un niño muerto.

Al oír esto, al padre Dristan se le pusieron los ojos como platos, pero sabía que era mejor no cuestionar los deseos del padre Brice frente a Yvain, incluso si esos deseos entraban en contradicción con nuestra fe.

—No iré —dijo Yvain—. No esta vez.

Asentí con la cabeza y no pude evitar preguntarme por las cosas terribles que el padre Yvain debía de haber visto en el marjal e incluso más lejos. Cosas de las que los hermanos hablaban en susurros, con ojos asombrados, en el dormitorio. Cuentos cuyos colmillos y garras crecían aún más afilados en el silencio que sigue a la noche, acechándonos a cada uno de nosotros en aquella oscuridad solitaria.

—Bueno, Galahad —dijo mientras sostenía en alto el fruto de su labor, haciéndolo girar de varias maneras bajo el pálido rayo de luz diurna que se internaba por la abertura de ventilación del colmo, junto con el chispear de las ráfagas de lluvia.

—Es precioso, padre —dije.

Yvain frunció el ceño.

–Puede que llegue a serlo. Cuando le haya sacado la veta y si no se quiebra.

Era una copa hecha con madera de raíz de haya. Un objeto sencillo. Pero yo sabía que el padre Yvain trabajaría con la cera de abeja hasta que penetrara la madera e hiciera que aquellos dibujos extraños y oscuros contaran historias tan espléndidas como las de cualquier bardo.

–Ahora vete, muchacho. Y recuerda lo que te he dicho: no iré.

–Sí, padre.

–Y quítate esa astilla del pie. –Tomó un cuchillo y recortó una rebaba del lado oculto del pie de la copa–. Algo tan pequeño como esto te matará, si se lo permites.

No se le pasaba nada por alto a Yvain. Asentí y me puse la cogulla sobre la cabeza, preguntándome cómo iba a ser el roce de la lana sobre mi cuero cabelludo desnudo la próxima luna nueva, cuando terminara mi noviciado y recibiera la tonsura que me convertiría en hermano de la orden.

Y después salí al día húmedo y, por un instante, me quedé mirando el cielo. Sobre mí, varios grajos reñían y gritaban mientras daban vueltas como si fueran pavesas negras en el dilatado vacío. El anochecer se acercaba, el día se retiraba y podía sentir que la luz goteaba desde el cielo. Las voces de los hermanos, que se elevaban y descendían según la brisa, parecían tanto una oración en contra de la noche inminente como una liturgia por el pobre niño que no había vivido ni siquiera un día.

\* \* \*

El padre Brice echó chispas por los ojos a lo largo de todas las Completas, aunque su ira se desperdició, ya que el padre Yvain no estaba allí para verla. De los demás, sólo el padre Padern había apoyado la idea de Brice de buscar un adulto recién fallecido para compartir la tumba del bebé. Tampoco es que el

viejo cillerero se ofreciera de voluntario ni se atreviera a cruzar el marjal a aventurarse con la gente del poblado lacustre cuando les transmití la negativa de Yvain.

—Iré yo mismo —había anunciado el padre Brice, restregándose una contra la otra las manos salpicadas de manchas. Pero, aun si lo decía en serio, su propósito se desvaneció como el vaho de sus propias palabras en el aire frío. El padre Padern me miró arqueando una ceja. Ninguno de los dos pensaba que el padre Brice estuviera considerando sinceramente dejar el monasterio. Pero, aparte de Padern y del prior Drustanus, que había estado en su lecho de enfermo desde que se vio al primer halieta en las marismas reuniendo fuerzas antes de volar hacia el sur para pasar el invierno, Brice era el mayor de los hermanos. Y, aunque su mente era afilada como una garra, su cuerpo se adecuaba mejor a la oración que a remar por los cenagales en pleno invierno. Además, había mal allí en los cañaverales y los esteros. El mal que acechaba en las tierras bajas; que serpenteaba en las raíces del sauce. La malevolencia que andaba por las turberas.

Todos habíamos oído las historias que contaba la gente de las aldeas de la isla sobre los *thryls*, una raza de criaturas de apariencia humana que habitaban en las orillas más oscuras, a veces incluso bajo el agua, a la espera de asesinar a los viajeros inadvertidos. Cada tantos años, corría la voz de que no se había vuelto a ver a alguna persona que se había internado en los marjales.

Y estaban las neblinas, que se levantaban de las aguas negras como si salieran de las piras, de tantas piras como estrellas hay en el cielo nocturno, que, quemadas en el inframundo, traspasaban el velo con su humo y llegaban a nuestro mundo. Y también estaba la temible fiebre del pantano, que se podía pillar de esas calígines impías y hacía que la piel se volviera amarilla y que los huesos azogaran la carne hasta que llegara la muerte.

De todos nosotros, sólo el padre Yvain se atrevía con el marjal, para llevar mensajes del prior Drustanus a la priora Klarine en el convento, o para traer al herrero Ermid desde la aldea del lago cuando se necesitaba forjar algo que superaba los talentos del tornero de madera.

—Me he enfrentado a cosas peores que los fétidos habitantes de la ciénaga —me había dicho una vez, cuando le pregunté por qué no tenía miedo de llevar el *coracle*\* a las aguas oscuras sin siquiera saber qué había más allá del seguro refugio de nuestra isla. El padre Yvain alguna vez había sido un guerrero; había luchado como lancero del rey Arturo, aunque casi nunca hablaba de aquellos tiempos entonces. Si Yvain no quería abandonar nuestro pequeño refugio y salir a la intemperie, nadie más querría hacerlo. El padre Brice tendría que resignarse a depositar al niño en soledad en su tumba y esperar que los ángeles de nuestro Señor encontrasen el camino que llevara su alma al cielo entre las nieblas de Avalon.

Y así era que, mientras el viejo monje se subía por las paredes y el padre Yvain torneaba la madera en su taller, aquella pobre mujer exhausta sollozaba porque temía que su bebé iba a deambular por toda la eternidad en el sombrío reino entre el mundo de los vivos y el próximo.

En cuanto a mí, me preguntaba si Dios nuestro señor alguna vez se había enterado de que estábamos aquí, nosotros, los diez que nos aferrábamos a aquella isla en los marjales donde los antiguos dioses de Britania habían vivido antes de que los dioses sajones llegaran a las Islas Oscuras. Podía recitar las oraciones de memoria, dejando que mi mente vagabundeara en libertad, y, aunque me provocaba cierto remordimiento el considerar estas cuestiones en semejante momento, decidí que

\* *Coracle*: voz galesa que designa una barca ligera, redonda u ovalada, con estructura de mimbre recubierta de cuero que se usaba en la antigua Britania. (*N. de la T.*)

era mejor buscar las respuestas a esas preguntas ahora mismo, mientras era novicio, en lugar de más tarde. De esa manera, para cuando tomara los votos y el padre Brice en persona me impusiera la tonsura, mi cabeza se sentiría a gusto de que fuese a dedicarme por entero a Dios.

Sin embargo, esas consideraciones espinosas se marchitaron en el frío húmedo de aquella misma noche, de manera que las Laudes del Oficio de difuntos me pillaron en medio de bostezos y escalofríos en la penumbra apenas iluminada por las linternas de médula de junco del fondo de la iglesia, pensando en mi cama y en el dulce sueño cuando habría debido concentrarme en mis devociones.

Porque a la pequeña iglesia la traspasaban las corrientes de aire en invierno, cuando los manzanos al otro lado de los pastizales eran esqueletos negros y las rachas penetrantes soplaban desde el este, atravesando los pantanos, y subían por el mogote como una ola. El techo de paja tenía goteras; nosotros esperábamos a que el tiempo mejorara para arreglarlo y, entretanto, nos apiñábamos debajo de él, caldeados sólo por el aliento expelido en los cánticos y por la ilusión de calor que proveían las frágiles velas de sebo. Y, aunque el padre Yvain se nos había unido para las Laudes, con el hábito salpicado de virutas de madera, no había voces suficientes para ahogar los sollozos de aquella mujer enlutada que se filtraban a través de la pared de zarzo y perforaban las rítmicas cadencias de nuestro canto.

Alguien en alguna parte lanzó un bufido, pero en la penumbra no pude ver quién. Entonces, el codo del padre Dristan, que se clavó en mis costillas, llamó mi atención hacia el padre Judoc, que me miraba desde donde estaba, a nuestra derecha, debajo de la zona más seca del viejo techo de paja. Me hizo señas con los ojos y me arrastré entre los hermanos, sin dejar de cantar mientras caminaba, hasta que me detuve frente a Judoc y me incliné para acercar la oreja a su boca.

–La joven, Galahad; no funcionará. Está distraendo a los hermanos de sus oraciones. –Sabía que el padre Brice le había dado permiso para pasar la noche en la enfermería con el cadáver del pequeño, para que nuestras oraciones atravesaran las paredes y le dieran consuelo. Pero la sonoridad de sus sollozos parecía indicar que nuestros oficios no la consolaban en absoluto–. Llévale un poco de vino –refunfuñó el padre Judo– cortado con muy poca agua.

–Sí, padre.

Cuando me volvía para marcharme, me tiró de la manga.

–Muy poca agua, Galahad –repitió–. Encontrará algo de paz en el sueño. –Hizo una mueca–. Y nosotros nos ahorraremos la llorera de una mujer.

Asentí con la cabeza y fui a buscar una jarra de vino de manzana, preguntándome si seguiría estando a la entera disposición de los hermanos una vez que me convirtiera en uno de ellos. Cuando golpeé la base de la taza en la puerta de la enfermería, me di cuenta de que tenía las palmas de las manos resbaladizas a causa del sudor y que el estómago me daba vueltas sobre sí mismo como una nansa de anguilas. Pensé en lo que le había oído decir al padre Folant, que el bebé muerto era la mismísima Britania. Pero, si era por eso, Follant siempre había sido la voz de la fatalidad, llenándonos los oídos de oscuras profecías sobre el futuro.

No hubo respuesta desde dentro. Sin embargo, los sollozos se calmaron y pude oír un jadeo rítmico, como el de alguien que intenta recuperar el aliento. Me llevé la jarra a la nariz e inhalé el aroma de las manzanas fermentadas y la miel, un olor a días de verano evocado vivamente en la mente como por algún encantamiento. Abrí la puerta y entré.

Una lámpara de aceite ardía con chisporroteos erráticos y fuliginosos que parecían imitar la respiración de la mujer. A su luz vi que el bulto estaba de nuevo en la cuna sencilla de madera de abedul que el padre Yvain había hecho el día en

que el marido de la parturienta la trajo al mogote. Nadie sabía dónde se había metido su marido desde entonces. En contra del consejo de los hermanos, había ido a buscar a un sanador que se sabía que vivía en una lengua de tierra en Meare Pool, pero no había regresado y tal vez nunca lo haría.

–Lo siento –le dije a la mujer, sentada a la cabecera de la cuna, tal y como había hecho cuando el niño todavía se aferraba a la vida. Me miró con una tristeza tan extrema como hacía mucho que no veía. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Su rostro brillaba de mocos y lágrimas, y si me había sentido turbado antes de entrar en aquella habitación sombría, ahora me sentía despreciable, de pie con una oferta de vino de manzana, como si eso pudiera mejorar algo. Y, aun así, trató de sonreír.

–Gracias, Galahad.

Me sorprendió y debí demostrarlo.

Ella frunció el ceño.

–¿Ese es tu nombre?

–Sí –dije, vertiendo el vino en la copa. Sólo había agregado medio vaso de agua a la bebida.

–Se habla de ti.

Me acerqué y le ofrecí la taza. La cogió con las dos manos y bebió, vaciándola antes de que tuviera la oportunidad de colocar la jarra en la mesa que había a su lado. Volví a llenar la taza y dejé la jarra. Mi nombre era conocido en Avalon. Lo sabía y era un hecho que detestaba.

–Y tú, ¿cómo te llamas? –le pregunté.

–Enid –respondió.

Señalé el vino que tenía en las manos con un movimiento de cabeza.

–Es fuerte, Enid –le advertí–. Agregaré más agua, si quieres.

Sacudió la cabeza y volvió a beber. Luego miró la cuna.

–Mi hijo está perdido.

–No. Encontrará el camino al cielo –traté de consolarla–. Todos rezamos por él. El único Dios verdadero le dará la bienvenida a su alma.

Torció el gesto.

–Aquí no hay dioses, Galahad –dijo con voz ronca–. Ni los tuyos, ni los míos. Mi pobre niño está perdido. Todos estamos perdidos.

No supe qué hacer. ¿Qué podía decirle? Los oficios divinos de los hermanos llegaban a través de la pared y yo deseaba estar con ellos, y no allí con esa mujer cuyo dolor era como un ser vivo, una bestia con manos avariciosas y garras que parecían clavarse en mi carne en busca de mi corazón.

Cogí la jarra y volví a llenar la taza de Enid, pero esta vez no quiso tomar el vino. Se agarró a la barandilla de la cuna. Los nudillos estaban blancos a la luz de las llamas y nuevas lágrimas convertían sus ojos en un charco de miseria.

–Perdido. Mi niño está perdido y completamente solo.

–Lo siento –le dije–. Lo siento mucho. –Y, cubierto de vergüenza por aquellas palabras, me di la vuelta y salí apresuradamente de la habitación.

Me reuní con los hermanos y alcé la voz al cielo con ellos, cantando un poco más alto que antes, aún más asustado de oír los sollozos de Enid a través de la pared ahora que sabía su nombre y ella conocía el mío.

Pero más tarde, en mi cama, cuando los únicos sonidos eran los ratones escarbando entre las esteras de junco que cubrían el suelo y los ronquidos de los hombres, y, del otro lado de nuestras delgadas paredes, el chillido ocasional de un búho o el ladrido de un perro que atravesaba el agua oscura, me acosté pensando en aquella mujer y en su hijo muerto. Oía sus palabras una y otra vez en mi cabeza, tan monótonas como una letanía y tan desoladas como el pantano que ceñía nuestro refugio. «Aquí no hay dioses... Ni los tuyos, ni los míos».



Palabras glaciales. Palabras terribles que me tironeaban y me arrastraban y no me dejaban dormir. Y así, tomando tantos recaudos como pude para no hacer ningún ruido ni movimiento que pudiera sacar a los demás de su duermevela, me levanté y me deslicé en la oscuridad hacia el rayo de luz, pálido como la muerte, que se colaba por debajo de la puerta.

\* \* \*

El aliento del mar me daba en la cara, afilado como el odio. Me hacía arder las mejillas, me convertía los ojos en pozos fríos y me excoriaba las manos donde sostenían el remo con el que empujaba el *coracle* a través de los juncos. «No vayas más lejos», parecían susurrar aquellos tallos quebradizos cada vez que la brisa del Sabrina los atravesaba, agitando la niebla como si fuese el aliento de una criatura rastrera que se escabulle cuando la noche deja paso al amanecer. «No deberías estar aquí», silbó. «El pantano no es lugar para alguien como tú». Y tampoco era el sitio, lo sabía, donde mi presencia en las aguas frías mientras remaba lentamente con la espadilla pudiera pasar inadvertida por los hombres. Por las criaturas. Y por las sombras.

A mi alrededor, los primeros zarapitos apuñalaban las márgenes fangosas con los picos largos y encorvados, mientras sus llamadas lastimeras y solitarias tejían un sonido triste. «Zaaara-piico. Zaaara-piico. Zaaara-piico». Detrás de mí, el mogote se alzaba en la niebla, jorobado y vasto. La espalda de un dragón tan viejo como el mundo. Una máscara oscura en un amanecer que, como el bebé al que pronto se le daría sepultura, parecía demasiado débil para sobrevivir. Porque era un día prematuro, insustancial. De esos en que los velos que separan los mundos son delgados como el humo y la gente se queda en casa junto al hogar, ocupada en trabajos que puedan ser asidos, abarcados y palpados por la carne.

Entonces, ¿por qué me encontraba ahora en los juncos? Varillas de mimbre entretejidas y cueros de bueyes eran todo lo que me separaba del agua, todo lo que había entre lo que se hallaba más allá de aquella superficie oscura como la obsidiana y yo. ¿En qué había pensado cuando pasé a escondidas de los hermanos en la penumbra que antecede al amanecer hasta el embarcadero donde el pequeño *coracle* se balanceaba suavemente entre los juncos? Quizá no fuese demasiado tarde para volver. Para amarrar la barca a los pilones y correr hasta el dormitorio antes de que nadie supiera lo que había hecho. Porque, una vez que perdiera de vista el mogote en la niebla del pantano, nunca podría encontrar el camino de regreso.

«No eres tú. Regresa ahora».

Me estremecí. La comida y la cerveza de la noche anterior se me habían cuajado en el estómago y mis intestinos eran como agua agria, de modo que sentí que el pantano estaba tanto dentro de mí como a mi alrededor. Me presionaba, lleno de amenazas, y no pude evitar pensar en el destino de aquella gente que se había aventurado allí para no ser vista nunca más. ¿Habían sido capturados por los *thrys*, aquellas criaturas que habitaban entre los juncos y se alimentaban de carne humana? ¿Se había apoderado de ellos alguna locura, inhalada con esa niebla flotante? ¿Algún oscuro deseo que obligara a esas almas condenadas a entregarse al pantano, de la manera en que quienes creen en los dioses antiguos ofrecen regalos de hierro o de plata a las aguas? O tal vez los zarapitos zancudos que me rodeaban habían sido hombres en otro tiempo, ahora convertidos por obra de algún encantamiento en pájaros atados al pantano por siempre jamás.

«¿Por qué querrías ser él? Vuelve».

Un movimiento me llamó la atención y me sobresalté, casi cayéndome de la estrecha bancada de la barcaza. La embarcación se inclinaba peligrosamente, y sostuve el remo por

encima de la cabeza, usándolo para mantener el equilibrio mientras el balanceo disminuía. No era más que un aguilucho lagunero cazando, barriendo los juncales antes de descender con un destello plateado de plumón en el pecho y la nuca, las plumas de la cobertura marrones como las semillas de la alcaravea. Luego se dejó caer entre los juncos y se marchó, y me pregunté qué presa había capturado en sus garras asesinas. Qué cuerpecito había perforado con esas corvas mortíferas.

—Señor, dame coraje —susurré, temeroso de hablar en voz alta en semejante sitio, incluso con Dios.

«Aquí no hay dioses... Ni los tuyos, ni los míos». Las palabras de Enid se propagaron en el fangal oscuro de mi miedo. Algo cayó al agua a mi izquierda y vislumbré la limpia silueta marrón de una nutria antes de que desapareciera, dejando una estela de burbujas detrás. Contuve el aliento, inhalando el dulce y almizclado aroma de la muerte y la descomposición. Me lamí los labios secos, saboreando la sal del Sabrina y el trago amargo de mi propia desesperación, y seguí remando la espadilla que cortaba el agua, con la pala describiendo un movimiento de serpiente que se retuerce sobre sí misma, siempre buscando morderse la cola. Incesantemente. Me adentré más hondo, cada vez más hondo en aquel mundo insustancial, esa faja entre la tierra y el agua, manteniendo la débil luz del amanecer en la mejilla derecha. Hacia la aldea lacustre. De vez en cuando, avistaba el antiguo paso elevado que los primeros habitantes habían construido para viajar más fácilmente entre los asentamientos de la isla, aunque ya ningún hombre confiaría en esa vía. En todo caso, ningún hombre vivo.

Vi algo y grité, levantando el remo delante de mí como si fuera un arma o un bastón imbuido del poder del Señor contra el mal. Había algo en ese paso elevado. O por encima de él. Algún habitante de los pantanos asomando en la niebla,

mirándome con ojos hambrientos. ¿O una sombra? El fantasma de alguien que nunca logró cruzar al más allá. Quizás incluso uno de los desconocidos que habían trabajado en construir la vía hacía tanto tiempo, mil años o más antes de la llegada de los romanos.

Hice la señal del cruz, pero por lo demás me quedé allí sentado. El *coracle* se mecía allí abajo, atenazado por el miedo de manera tan radical que no podía moverme. Fuera lo que fuera, aquello giraba lentamente y yo me dirigía hacia allí, como si la cosa tuviera el mando de las corrientes del agua oscura y me llamara. Se levantó una brisa enfermiza y débil, como perdida de tanto vagar por el pantano los últimos cien años, y entonces arañó la niebla; el desgarrón reveló un rostro. No el de una criatura o un espíritu impíos, sino un rostro de carne y hueso. Carne vieja y podrida. Las mejillas socavadas y unos huecos negros donde alguna vez había ojos que contemplaban la creación de Dios, antes de que la muerte los empañara y, después, los cuervos y las gaviotas los atacaran con ávida indiferencia hacia todo lo que habían visto.

El cadáver colgaba de una horca rudimentaria; un antiguo pilón robado de la vía y clavado en el juncal. Susurré una oración por el alma del muerto, como si ahora pudiera hacerle algún bien, y volví a meter el remo en el agua, preguntándome quién lo habría colgado así, robándole la vida al desdichado y, sin duda, condenando su propia alma en el acto infame.

Sólo había dado una docena de golpes con la pala del remo cuando la siguiente víctima se reveló a través de la niebla, que cada vez era más tenue. Una mujer de larga cabellera roja; su desnudez resultaba estremecedora e indecorosa a la vista. Traté de apartar la mirada de aquella pobre desventurada, pero mis ojos seguían encontrando el camino de regreso, hasta que la barca pasó de largo y ya no pude mirarla sin darme la vuelta, lo que no iba a hacer. Y éstos no fueron los úni-

cos. Vi siete cadáveres más, girando lentamente en cuerdas chirriantes, y uno de ellos era un niño, un niño de no más de nueve años, y le pregunté al Señor en las alturas cómo un hombre podía ponerle una soga al cuello a un niño y observar esa vida extinguirse como se apaga la llama de una vela.

–El mundo más allá de esta isla es un lugar terrible y cruel, Galahad –me había dicho el padre Brice el verano anterior, cuando el padre Yvain había regresado de uno de sus viajes con noticias de todo lo que había visto y oído–. Agradece que nunca tendrás que salir de nuestro santuario.

–¿No deberíamos ayudar a otros a resistir el mal? –le había preguntado con ingenuidad. Y el viejo monje me había sonreído tristemente y me había tocado la cabeza, tal vez recordando un tiempo lejano, anterior a que terminara su propio noviciado y se afeitara la cabeza.

–Todo lo que podemos hacer ahora es proteger el Santo Espino y asegurarnos de que nuestra orden sobreviva –respondió–. Me temo que Britania está perdida, Galahad, y su gente, esparcida como paja en el viento. Pero los pocos que somos nos quedaremos aquí mientras tengamos aliento. Y protegeremos el Espino.

Uno de los ojos del niño muerto se había librado del pico y la garra. Me fulminó con la mirada y sentí la amarga acusación. La dentera. La cólera por una vida truncada. Me estremecí, tratando de ignorar el ardiente anhelo de vaciar la vejiga. Y seguí el canal, mis ojos atraídos al cielo por el insistente graznido de las gaviotas, una bandada de cientos que volaba hacia el oeste, girando como un cardumen, con sus cuerpos blancos resplandecientes en un rayo de luz del amanecer.

Poco después, vi niños vivos, sin duda mucho después de que ellos me hubieran visto a mí. Cinco, dos niños y tres niñas, ninguno más alto que la espadaña y el abrojo que los rodeaba. Sucios, con ojos desorbitados y hambreados. Supuse que eran los descendientes de pescadores o productores de sal. Criaturas

del marjal, de la albufera, del pantano, que me miraban en silencio, sin miedo y sin cautela. Junté tres dedos e hice la señal de la cruz en el aire, pero no dieron ninguna muestra de que comprendiesen la bendición.

Entonces percibí el olor agradable del humo de turba en la brisa tenue. Podía verlo colgando en el amanecer invernal, una mancha gris más oscura contra el cielo descolorido. Apuntando en dirección al humo, me encontré entre juncos más tupidos e, inclinándome, vi el lecho limoso de los bajíos. Sabía que debía de estar cerca. Vi otro canal y lo enfilé, cinglando entre los caballones de tierra plagados de endrino, y finalmente llegué a la aldea lacustre, sudando ahora a pesar del frío y reconfortado por el olor del fuego de hogar. Le di gracias a Dios en un susurro, porque pronto estaría en tierra firme entre hombres y mujeres, a salvo de los peligros insondables del pantano.

Até el *coracle* al muelle, atestado de embarcaciones similares y de elegantes y largas canoas, y saludé a una garza que estaba mirando más allá del agua. Al lado del pájaro inmóvil se amontonaba media docena de cestas de mimbre listas para ser colocadas en el pantano para atrapar percas y bermejuelas, truchas y anguilas, y mi estómago rugió al pensarlo, porque no había desayunado.

—Un hermano del Espino —dio el aviso alguien. Levanté la cabeza y vi los hombros anchos y el rostro barbudo de un hombre que se asomaba desde el otro lado de la cerca de mimbre que rodeaba el grupo de pallazas y que servía para mantener el viento fuera y el ganado dentro—. ¿Qué os trae por aquí?

—Eudaf, el zapatero —respondí, mientras me acercaba a él resbalando y escurriéndome en el barro.

El hombre frunció el ceño.

—Os enviamos a su hijo hace dos días. Vuestras canciones ya no le servirán de nada a Eudaf. Murió esta noche.

–Lamento la pérdida –dije, levantando el dobladillo de mi hábito para salvarlo de la cascarria antes de hacer la señal de la cruz en respeto por el fallecimiento del zapatero. Y, sin embargo, mi espíritu se elevó en alas de la esperanza de que el alma de un niño aún pudiera ser guiada al cielo y quedar al cuidado del Señor.